

SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN CIUDADANA. JÓVENES EN DICTADURA Y JÓVENES EN DEMOCRACIA

María Jesús Funes

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Partiendo de la identificación de un periodo del ciclo vital individual como el más significativo en el aprendizaje de lo político (16-23 años) se presenta un análisis comparado de dos generaciones socializadas en coyunturas históricas bien distintas: quienes vivieron estos años en las décadas cincuenta y sesenta (socializados durante la dictadura) y quienes atravesaron el mismo periodo vital desde mitad de los ochenta hasta la actualidad (socializados en democracia). Se investigan los agentes, ámbitos o acontecimientos que tienen mayor incidencia en la participación en cada bloque de edad, y se comparan los efectos de los sistemas políticos y las coyunturas sociales en la actividad política y social de estos jóvenes. La reflexión sobre teorías y métodos para el estudio de la socialización política se ve contrastada con el trabajo empírico realizado.

Palabras clave: socialización política, generaciones, participación.

“Desde que tenemos democracia, cada generación, por fuerza, tiene que ver sus problemas desde una altura distinta. No puede ser la misma experiencia que de la democracia tiene la generación que la inaugura y la que la recibe que la de la generación siguiente y así en adelante.” Ortega, *En torno a Galileo* (1933:53).

El objetivo fundamental de este artículo es aportar reflexión teórica y trabajo empírico sobre la influencia de la socialización en los comportamientos políticos. Se enmarca en una preocupación teórica más amplia sobre las *mediaciones de lo político*, es decir, sobre cómo se construyen los fenómenos políticos, el sujeto político y las acciones derivadas que merecen el mismo calificativo. Es, evidentemente, un objetivo ambicioso por lo que mi planteamiento es ir enfocando aspectos específicos de la cuestión a lo largo de diversos estudios, que aporten información sobre el núcleo de preocupación citado pero desde distintos ángulos. En este artículo se utiliza material empírico de varias investigaciones¹ y se ciñe a un tipo de

comportamiento político concreto: la participación ciudadana. Por tanto, los resultados a los que se llega no permiten generalizaciones de naturaleza teórica extensibles a otras formas de acción política, sino que han de circunscribirse al tipo de actividad seleccionado. La pregunta marco que engloba otras preguntas de investigación secundarias sería *cuáles son los factores que influyen en la toma de decisión de participar en la vida pública y en el mantenimiento de la misma*. La respuesta a esta pregunta ubicará en su justo lugar el aspecto de la socialización política, y con ello trataremos de averiguar si la socialización recibida (y de cuál tipo) es uno de los elementos que predisponen o facilitan la acción. Sin embargo, en este artículo el campo de reflexión se acota aún más: estudiaremos la relación entre socialización política y participación utilizando como variable interviniente el tipo de régimen

publicaciones entre otras el libro *La ilusión solidaria: las organizaciones altruistas en los regímenes democráticos*. Investigación realizada entre los años 1.995 y 1.998 sobre los colectivos vascos contra la violencia política, financiado por CICYT y dio lugar entre otras publicaciones al libro *La salida del silencio. Movilizaciones por la paz en Euskadi: 1986-1998*. Y, por último, *Participación política y capital social en España: un análisis comparado* financiada por CICYT, en fase de finalización.

¹ Investigación realizada en 1992 sobre los militantes de Amnistía Internacional. Dio lugar a mi Tesis Doctoral y a varias

político. El estudio empírico que se presenta se circunscribe al caso español. De este modo, estudiaremos si existen diferencias apreciables en cuanto a los mecanismos y agentes de socialización y sus efectos en la conducta participativa, entre jóvenes (actuales) educados en tiempos de democracia y "jóvenes" (pasados) educados en tiempos de dictadura, centrándonos en los comportamientos, vivencias y percepciones del periodo de juventud de todos ellos y en sus consiguientes derivaciones en recorridos y secuencias vitales. Es decir, el foco de atención son las prácticas "de los sujetos" y no los objetivos o propósitos "de las instituciones".

En su dimensión teórica, esta línea de trabajo puede aportar información al debate entre la mayor o menor operatividad de las perspectivas institucionalistas y culturalistas de la acción política, dado que lo que se propone es comparar la influencia de la formación reglada y las experiencias vitales, de las tradiciones y la propaganda.

En la parte empírica la propuesta metodológica es aislar dos generaciones que puedan ser identificadas por la variable: **socialización en dictadura – socialización en democracia** y realizar un análisis comparado de sus prácticas asociativas en el tiempo de juventud y de los factores de socialización asociados a las mismas.

Las mediaciones de lo político: socialización y aprendizaje de los comportamientos políticos

El tipo de acción política que va a ser aquí considerado será el que se lleva a cabo de manera coordinada y articulada con otros, es decir, la participación ciudadana que tiene lugar en colectivos. Siguiendo a Tilly (1978) entiendo por acción colectiva la acción conjunta en la que confluyen los siguientes elementos: intereses, organización, movilización y estructura de oportunidad política. Es decir, los grupos considerados son aquellos cuyos miembros se unen motivados por intereses comunes, que adoptan una forma de organización más o menos estructurada y desarrollan unas estrategias de movilización para dar a

conocer sus objetivos y obtener seguidores, actuando en un marco de oportunidad política que determinará sus posibilidades de éxito. Aplico aquí una concepción amplia y no restrictiva de lo político. Así considero acción colectiva política: *todo tipo de acción colectiva que pretende influir en la distribución del poder o en la toma de decisiones públicas en su ámbito de actuación concreto, para lo cual desarrolla pautas de interacción con las autoridades.* Se trata de acciones colectivas que cristalizan en forma de asociaciones, unas de índole claramente político otras más próximas al compromiso cívico y solidario.

¿Cuáles son los factores que influyen en que las personas participen en este tipo de colectivos? La acción participativa es la resultante de la interacción entre las inclinaciones, intereses y preferencias de los individuos y las oportunidades que, en cada contexto y coyuntura, brinda el sistema. Analíticamente resulta pertinente distinguir tres ámbitos en los que identificar factores explicativos: el contexto general o macro-contexto, el contexto micro o individual, y un ámbito intermedio entre lo general y lo individual, que podemos considerar meso-contexto. Los aspectos a considerar del macro contexto son condiciones sistémicas y con ello me refiero a elementos propios del marco cultural, donde afectan la historia, la costumbre y la tradición; a la coyuntura económica que puede ser un condicionante que estimule la cooperación o la dificulte; y, fundamentalmente, a los factores procedentes del sistema político, tanto estructurales como coyunturales. En la dimensión micro de la participación, es decir, en lo referente al individuo, los factores a tener en cuenta serán las características psicológicas personales, sus condiciones de género y edad, las experiencias vividas, la formación recibida, los condicionamientos familiares y de su círculo social más íntimo. Y, por último, los factores que analíticamente podemos ubicar en el nivel intermedio: las mediaciones sociales. Éstas son, por una parte, las redes sociales y las subculturas que facilitan la comunicación entre los individuos y entre estos y los grupos, actuando como conectores y difusores de la información, lo que rebaja los costes de la participación en estos ámbitos sociales; y,

por otra, las propias asociaciones, con sus pautas de reclutamiento, incentivos selectivos, campañas de publicidad y captación de socios, estrategias de comunicación para la obtención de recursos, etc. Estudiar la participación en acciones colectivas implica repasar todos estos aspectos e indagar cuáles de entre todos éstos son los condicionantes más significativos para cada caso y cómo se articulan en cada coyuntura.

¿Dónde ubicaríamos la socialización? De algún modo la socialización atraviesa los tres niveles. En lo relativo al nivel individual, estudiar las vivencias de los participantes nos permitirá averiguar si determinadas experiencias formativas dan lugar a caracteres especialmente cooperadores, con especial inclinación al liderazgo o a la intervención pública, o con un alto grado de compromiso cívico. Esto aportará información también del nivel sistémico, dado que nos conducirá a las condiciones y los contenidos en los que el marco político concreto forma a su ciudadanía y se incentiva su acción a través de la inculcación de pautas de cooperación, de la instrucción en prácticas o, incluso, del adoctrinamiento en unas u otras formas de comportamiento; o si, por el contrario, yugula o dificulta su posible expansión. Podemos encontrar efectos socializadores en las instituciones más próximas al individuo, como la familia, la escuela o los grupos de pares; en las más alejadas como los medios de comunicación de masas; y en las esferas intermedias como la iglesia, los lugares de trabajo o las propias asociaciones. Las preguntas serían: ¿existe una socialización tendente a la formación en prácticas de participación política o compromiso cívico? (Funes: 1994 y 1995). En su caso ¿cuáles son los actores más influyentes en la transmisión de estos valores o habilidades?, ¿existen ámbitos o contextos privilegiados para ello? O, ¿tal vez, determinados acontecimientos incorporan una mayor impronta formativa que las prescripciones normativas? Por último, ¿se encuentra en todo ello la huella del sistema político, de las instituciones de gobierno, intentando inculcar información pertinente que genere comportamientos "adecuados"? Si así fuera, podremos identificar diferencias en la socialización y las prácticas asociativas

en función del régimen político y ver cuándo la influencia de los distintos actores confluye en la dirección de la continuidad política y cuándo provoca disensión o tendencia al cambio.

El interés de estudiar la socialización política proviene de considerar que toda visión, perspectiva, o comportamiento que pueda ser caracterizado como "político" es consecuencia de un *aprendizaje*. Tanto los teóricos clásicos de la acción política de corte funcionalista como otros de planteamientos críticos más actuales convergen en señalar esta dimensión de lo político. En este artículo se estudian socialización y aprendizaje entendidos como *mediaciones* de lo político, es decir, como dimensiones de la realidad que construyen las opiniones y los posicionamientos políticos. Por tanto, partimos del supuesto de que la participación política o/y el compromiso cívico pueden ser consecuencia de una labor social y política, potencialmente intencionada, de muy diverso origen y orientación que configura patrones de conducta relativamente previsibles. Visto de este modo, la interiorización de valores y normas sociales así como la adquisición de destrezas y habilidades que facilitan u orientan la implicación serían consecuencia de un proceso de interacción social que tiene lugar en espacios concretos, con la intervención directa e indirecta de determinados actores y enmarcado en un contexto histórico, político y cultural, en el que es central la ubicación en la estructura de clases.

La socialización política es un aspecto concreto de una realidad más amplia: la socialización. Al tiempo que un individuo asimila una cultura y aprende a verse y comportarse como miembro de una colectividad, y dentro de ella de grupos selectivos, incorpora también los valores sociopolíticos fundamentales de su(s) entorno(s), desarrolla vínculos de identificación con los símbolos políticos, adquiere un determinado nivel de comprensión de los significados políticos, y se hace consciente de su pertenencia a una historia, a un pasado colectivo, a unas tradiciones y costumbres (Benedicto, 1995:231). Voy a utilizar de manera indistinta

los términos socialización y aprendizaje. Aun cuando el término socialización incorpora una carga asociada a la visión funcionalista de la sociología y, por consiguiente, condiciona en alguna medida su virtualidad explicativa, no encuentro término equivalente en cuanto a su contenido temático. Aprendizaje es un término válido, pero, a mi entender, no sustituye al anterior sino que habrán de utilizarse de manera simultánea para no perder contenido explicativo. Aun tratándose de cuestiones de matiz, en las que no conviene perder demasiado tiempo en un artículo como el presente, el concepto de socialización subraya que la sociedad inculca y el sujeto interioriza, mientras que en el de aprendizaje el centro de gravedad está en la adquisición de conocimientos por parte del sujeto.

Evolución de los estudios sobre socialización política

La temática de la socialización política recibió mucha atención desde finales de los años 50 y en la década de los sesenta del siglo XX, fundamentalmente en el campo de la sociología y la ciencia política norteamericana (Easton y Dennis, 1969, entre otros). Los enfoques del primer periodo se singularizaban por su carácter fundamentalmente normativo y prescriptivo donde el objetivo prioritario era identificar aquellos aspectos formativos que aplicados desde las instituciones favorecían la estabilidad política y el orden democrático. Las teorías y los trabajos empíricos desarrollados se enmarcaban en lo que podría denominarse el paradigma de *la cultura cívica* (Almond y Verba, 1963). Desde intereses teóricos distintos un relevante conjunto de autores coincidían en una preocupación fundamental, la de cooperar desde las ciencias sociales en el mantenimiento de las democracias y en la conformación de ciudadanos adecuados al sistema. Era la reacción después de la Segunda Guerra Mundial y la recuperación ante el miedo y la prevención que despertaba la posibilidad de que reaparecieran movimientos totalitarios como los que condujeron al enfrentamiento bélico. Basándose en el supuesto de que todo sistema político trata de formar a sus

ciudadanos de forma conveniente para el mantenimiento del *status quo*, estos primeros teóricos se centraban en la continuidad más que en el cambio, en la sumisión y aceptación más que en la protesta y la contestación. Consideraban que el aprendizaje es acumulativo y que el periodo de infancia y adolescencia es el más relevante pues en esos años el niño interioriza lo que se denominan *orientaciones políticas básicas* (Easton y Dennis, 1969) a partir de las cuales se configuran los universos políticos de la vida adulta; o bien lo que otros autores denominan *principios estructurantes* (Searing, Schwartz y Lind, 1973) que sería algo así como el marco cognitivo matriz en el que encaja la información y formación política adquirida con posterioridad a aquellos años.

A partir de la mitad de la década los ochenta la socialización y el aprendizaje político son analizados desde una nueva perspectiva. El estudio de Merelman de 1986 se encuentra en el inicio de este nuevo enfoque y otros autores como Sigel (1989 y 1995) destacan de entre los más relevantes en este cambio de perspectiva. En primer lugar, se considera que ha de contemplarse tanto la producción de estabilidad como de cambio político. De este modo, los estudios sobre socialización permitirían analizar la formación de comportamientos y actitudes que desembocan en revoluciones o cambios de régimen, así como situaciones de conflicto social o político, tanto de conflicto generalizado como cualquiera otro centrado en un contexto o coyuntura. La evidencia de la incapacidad demostrada por los estudios sobre socialización política entonces existentes para explicar las movilizaciones de protesta de las décadas sesenta y setenta del siglo XX contribuyó a este cambio de paradigma. En segundo lugar, y unido a esta visión conflictual y no armónica de la sociedad, se supera la concepción de la sociedad como ente homogéneo propia de la perspectiva clásica y se consideran las desigualdades sociales. Ello supone acotar la validez de los estudios previos, que eran habitualmente realizados entre determinadas clases sociales, y limitar contextualmente su virtualidad explicativa, señalando lo inapropiado de generalizar resultados de investigaciones a sectores o experiencias

sociales distintos, como si las colectividades fueran realidades uniformes. La socialización política (conculcada/adquirida) no es la misma para unos sectores sociales que para otros, ni lo son los contenidos inculcados, ni las exigencias que de ellos se suceden o las oportunidades que se derivan. Pero es que, además, las relaciones que los individuos establecen con las autoridades y con las instituciones administrativas, el juego de expectativas y demandas que se traban, tampoco son los mismos si estudiamos a sujetos de un barrio residencial de clase media alta o a individuos de barriadas marginales, o en el caso de sociedades que atraviesan estados de desarrollo muy dispares.

En tercer lugar, el nuevo enfoque considera como periodo de aprendizaje el ciclo vital al completo (Sigel, 1985), la duración de la vida de los individuos (*lifespan*), sin negar la existencia de periodos en los que existen mayor permeabilidad y capacidad para interiorizar planteamientos que en otros. Este cambio de enfoque es relevante dado que añade la impronta potencialmente formativa de aspectos y circunstancias de la vida adulta que tienen consecuencias altamente significativas en el comportamiento político y que explican cambios de posición y modificaciones de conducta que no son interpretables desde el esquema teórico previo. Aún así, se mantiene como periodo clave para la adquisición de valores y orientaciones políticas el transcurso entre los 15-16 y 22-23 años. En cuarto y último lugar, también en lo relativo a la metodología se insta a nuevos planteamientos, apareciendo estudios de carácter micro que añaden a los de macro-nivel de las investigaciones previas y se proponen métodos de carácter cualitativo como complementarios de las técnicas exclusivamente cuantitativas (macro-encuestas) empleadas anteriormente. Sigel (1995) plantea el interés de un acercamiento interpretativo a las vivencias de las personas, a sus percepciones y experiencias, a su visión de los acontecimientos, indicando la conveniencia de utilizar técnicas como las historias de vida o las entrevistas biográficas, simulaciones y diferentes formas de entrevista que permitan la recreación retrospectiva por parte de los sujetos de su

propia historia en forma de relato que pueda ser analizado por el investigador.

Merelman define la socialización política como: "el proceso mediante el cual la gente adquiere orientaciones consistentes en cuanto a política en general y en relación con los sistemas políticos en particular" (1986: 279). La nueva perspectiva que se impone considera que la socialización ha de ser entendida como el desarrollo de un aprendizaje dinámico que no consiste tanto en la adquisición pasiva y acrítica de conocimientos, como en la generación de un intercambio donde cada sujeto interactúa con su medio, y con agentes de muy diverso tipo de los que recibe estímulos de resultado formativo. Merelman (1986: 281-305) analiza cuatro grandes teorías clásicas de la acción política y sus aproximaciones al objeto de la socialización política: teoría de sistemas; teoría hegemónica; teoría pluralista y teoría del conflicto, llegando a la conclusión de que las transformaciones sociales, rápidas e intensas, fundamentalmente a partir del último tercio del siglo XX, han provocado mecanismos y dinámicas de interacción, con resultados tangibles en términos de aprendizaje político, que no pueden ser estudiados desde estos enfoques teóricos. Los referentes conductuales que en el pasado eran, prácticamente, únicos y homogéneos se ven hoy suplantados por referentes de muy diverso tipo, por una pluralidad de imágenes de la sociedad, una considerable variedad de estereotipos de conducta a elegir y una "supuesta" libertad extrema que invita a cada persona a organizar y decidir su presente y su futuro entre un amplísimo abanico de posibilidades vitales. Referentes de orientación seguros como eran la edad y la experiencia, o el parentesco y la familia como vínculos de estabilidad y seguridad personal, pierden su capacidad de anclaje e identificación. Cada sujeto escoge su camino, que puede cambiar cuantas veces quiera a lo largo de la vida, de manera tal que resultaría inconcebible para el ciudadano medio de hace tan sólo tres décadas.

Para Merelman (1986: 308), la nueva ética social fundamentada en el individualismo democrático requiere de la formulación de otros marcos teóricos que permitan entender

los procesos de socialización y su influencia en el momento presente. Frente a la concepción clásica del aprendizaje entendido en términos de jerarquía y autoridad –esencialmente vertical, por tanto, en cuanto a la dirección de la influencia– en la actualidad la multiplicación de actores y agencias que tienen efectos socializadores mantienen relaciones horizontales y no jerárquicas, tanto entre sí como con los propios sujetos. A estos cambios en las circunstancias ha de responderse con cambios en los planteamientos de estudio. Con este motivo desarrolla su *Teoría de la socialización lateral* (1986: 307-9). Para Merelman “Socialización lateral es el proceso a través del cual las relaciones que se establecen son voluntarias, igualitarias y transitorias. En él existe una mínima estructura formal y la influencia se consigue fundamentalmente a través de la generación de vínculos afectivos” (1986: 308)². En este tipo de socialización se destacan como agentes fundamentales los grupos de pares, los medios de comunicación, e incorporando los trabajos de Sigel (1989 y 1995) podríamos añadir los roles sociales desempeñados en la vida cotidiana con sus marcos de relaciones sociales asociados, las experiencias y contactos en los espacios de trabajo, las actividades en las asociaciones voluntarias, etc.

El marco que propone este nuevo enfoque para el análisis de la socialización política distingue tres dimensiones: historia personal, ubicación estructural y condiciones ambientales. Estas tres instancias se articulan componiendo un todo complejo que será en el que habrá que ubicar las acciones (y sus efectos) de lo que se denominan agencias o agentes de socialización, a cuya función se une la acción de otros actores, experiencias o circunstancias que sin pretender un objetivo formativo influyen en el resultado del aprendizaje final. De este modo, al incorporar el contexto y las circunstancias se puede comprender que aún en el caso de unos

² En el texto original: *Lateral socialization is a process in which relationships are voluntary, egalitarian, and transient. There is little formal structure, and influence must be won through sentimental attachments.* (Merelman, 1986:308). Traducción de la autora.

mismos agentes que tratan de inculcar un mismo contenido normativo puedan encontrarse resultados dispares. Resumiendo, el nuevo enfoque supera el simplismo de los estudios previos, reconoce la complejidad de la realidad a la par que se aleja del carácter esencialmente prescriptivo de los primeros tiempos. De este modo, y siguiendo a Sigel (1989: xiii), podemos decir que ni la continuidad ni el cambio político son producto exclusivo de la madurez individual, de determinadas características personales o de circunstancias sociopolíticas concretas, sino de la interacción de todo ello. Ahora bien, este enfoque de estudio no resta importancia a lo que la sociología y la ciencia política clásica señalan como agentes socializadores, tales como la familia y la escuela. Lo que plantea es que el efecto de estos actores, y otros que pudieran ser, vendrá limitado por las circunstancias ambientales en sentido amplio (políticas, sociales, culturales...) en que se enmarca el acto de aprendizaje y por la articulación de las influencias de todos ellos. Así, los impactos de cada uno pueden reforzarse, compensarse o neutralizarse, dando lugar a resultados bien distintos de la acción formativa de un mismo agente socializador.

Especialmente ilustrativo resulta añadir los efectos formativos de los ambientes o contextos inmediatos –principalmente en aquellos casos en los que existe una subcultura– y la influencia socializadora de los acontecimientos que pueden actuar como factores de socialización de primer orden, o como factores precipitantes en una tendencia o una actitud personal ya existente. Strauss y Howe (1991:69-74) denominan a determinados sucesos decisivos en una generación *generation-shaping event*, señalando el carácter performativo en términos cognitivos de algunos acontecimientos³.

³ Strauss y Howe, en un amplio estudio realizado sobre generaciones en los Estados Unidos señalan el carácter identificador que entre todos los sujetos de una determinada edad tuvieron algunos hechos históricos, como, por ejemplo, el bombardeo de Pearl Harbour. Si bien resulta muy interesante evaluar el carácter performativo de determinados hechos, y más aún si de ello se puede derivar la configuración de unidades generacionales, habrá que ser cauto y aplicar un mínimo relativismo cultural. La diferente intensidad con que se vive la identidad colectiva en una sociedad como la

Parece conveniente distinguir entre socialización política directa e indirecta, que no se corresponde con el carácter manifiesto o latente de la misma que iría más en la línea de la intencionalidad, sino con lo relativo a los contenidos que se inculcan (Dawson, 1969:65-67). Será socialización política directa aquella cuyos contenidos son específicamente políticos en el sentido de que se trata de información sobre el gobierno, sus agentes o sus actuaciones y persiguen inculcar una determinada versión de los mismos. Será indirecta el resto de información que tiene relación con el ámbito de lo político desde un punto de vista menos específico, aspectos como el concepto de autoridad, legitimidad, comunidad, cooperación o compromiso... y que tienen una expansión más difusa entre la sociedad, más difícil de concretar. De igual modo, podemos distinguir entre socialización formal, planificada y prescrita por las instituciones políticas, e informal, más propia de las vivencias y experiencias de la vida cotidiana. El debate de fondo al que permiten acceder este tipo de disquisiciones es si ha de ser estudiada la socialización desde una perspectiva más culturalista o más institucionalista. En definitiva de ello se deriva una cuestión de alta relevancia política: si las instituciones políticas pueden configurar de manera más o menos planificada y controlada las actitudes y comportamientos, o si éstos son, en mayor medida, resultado de tradiciones y prácticas repetidas y aprendidas en los espacios de la vida privada más que en los ámbitos de formación reglada⁴. Y para terminar con estas distinciones analíticas señalo dos especialmente relevantes para el caso práctico que se presenta. La primera distingue entre formación en prácticas, habilidades y destrezas y la formación en valores, ideologías o principios morales. La segunda diferencia entre *socialización previa* a la implicación, que puede actuar como causa, aunque sea causa concomitante, de

estadounidense y la española, por ejemplo, puede marcar diferencias a la hora de entender el carácter preformativo en términos cognitivos de los hechos históricos.

⁴ En este sentido véase el interesante estudio de Robert Rohrschneider (1999) en el que analiza la incidencia de la labor de las instituciones y de las tradiciones en la asimilación y adaptación de los alemanes del Este a los valores y prácticas democráticas después de la unificación.

la participación y lo que podríamos denominar *socialización sobrevenida*. Esta última nos retrotraería a la vieja tesis que ya desde Tocqueville (1980, vol.2:142) plantea que las asociaciones actúan como *escuelas de democracia*, y se refiere a los efectos formativos de estos colectivos que aparte de dotar a quienes en ellos trabajan de recursos para la práctica, en muchos casos incrementan y solidifican el compromiso tanto con el grupo como con la participación en sí.

El enfoque generacional

La propuesta de este texto de comparar el efecto de la socialización y el aprendizaje político sobre la participación entre dos generaciones obliga a una aproximación teórica, aunque sea breve, al estudio de generaciones. Los marcos teóricos de los que se nutre el enfoque generacional son el historicismo y el vitalismo. Como señala Marias: "*La historia es tiempo, pero tiempo cualificado. Los tiempos son históricos porque no son tiempos cualquiera, mera duración, sino que tienen una cualidad que los distingue; cada época es una forma de vida "entre otras", y "las supone y las exige"* (1949: 24). Ortega incide, además, en la perspectiva vitalista: "*El concepto de edad no es de sustancia matemática, sino vital.../... "La edad no está sujeta a una fecha sino a una zona de fechas, y tienen la misma edad, vital e históricamente, no sólo los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas"...*" "*El concepto de edades se forma primariamente sobre las etapas del drama vital, que no son cifras sino modos de vivir.*" (1933: 41 y 42).

La realidad se entiende como conjunción de tiempo individual y tiempo social, es decir, tiempo personal y tiempo histórico. Ubicarse en este paradigma de las generaciones supone interpretar la experiencia vital personal como elemento nuclear en el estudio del comportamiento político, en tanto que realidad no objetiva, pero sí objetivable por el investigador. La experiencia vital personal se interpreta como biografía individual (y colectiva), es decir como un recorrido longitudinal y dialógico al tiempo. Las edades se elaboran desde los

parámetros de espacio y tiempo, es decir, que en cada edad se constata una comunidad de fechas de nacimiento de un conjunto de individuos y una comunidad espacial. Así encontramos un conjunto de cohortes que se pueden discriminar y diferenciar de otras a partir de la identificación de periodos de fechas o acontecimientos colectivos, de forma que los sujetos que quedan englobados en estos bloques generacionales han vivido las mismas experiencias históricas (tiempo histórico) en los mismos años (tiempo personal). Es decir, tenían la misma edad cuando sucedió tal o cual cosa. Pero la visión más apropiada al estudio sociológico es la de Mannheim (1952). De ella se deriva que la ubicación en la estructura social condiciona tanto la formación recibida, las potencialidades que la acompañan, como las posibilidades y restricciones vitales y sociales que, de algún modo, configuran las oportunidades políticas tanto como la percepción y el acceso a las mismas. Un acontecimiento político vivido a la misma edad será indiferente para unos y decisivo y trascendental para otros. Ello se explica por lo que Mannheim señala como: "*el problema sociológico de las generaciones*" o, lo que es lo mismo, la intervención de lo que el autor denomina *las fuerzas sociales* en la interrelación entre vivencia personal y sucesos colectivos. En relación con los intervalos de fechas para la discriminación entre generaciones, la mayoría de los autores optan por tramos de quince años (Mannheim, 1952; Marías, 1949; Drommel, 1861) y para el propósito de este estudio resulta especialmente interesante la propuesta que Marías (1949: 45-46) atribuye a Drommel quien señala que los cortes para fijar los intervalos deben fijarse siguiendo acontecimientos o periodos políticos que enfatizan las similitudes intra-intervalo y las diferencias entre intervalos distintos. La hipótesis de las generaciones se fundamenta en la idea de que se puede delimitar un ámbito cronológico al que corresponde un determinado ambiente, ambiente que es en parte, heredado, en parte transformado, en parte construido. Desde una perspectiva culturalista y constructivista, al enmarcar este "ámbito cronológico" los acontecimientos relevantes desde el punto de vista histórico y político de un tramo

temporal se convierten en lentes de aumento que permiten descifrar las estructuras profundas de ese momento político y social. No se pretende aquí un estudio de generaciones sino utilizar la perspectiva generacional para aislar determinadas variables que permitan la comparación que buscamos.

Propuesta metodológica: jóvenes pasados-jóvenes presentes

Cuando se cumplen veinticinco años de la aprobación de la Constitución Española, contamos ya con una generación completa socializada en el nuevo sistema político, una parte de cuyos miembros está plenamente incorporada a la participación activa en múltiples formas de acción colectiva. Junto a ello, contamos con una generación que está aún completamente activa en la vida pública que se socializó en tiempos de la dictadura. Analicemos sus años de juventud, los de los jóvenes de hoy y los de quienes dejaron de serlo hace tiempo, estudiando los relatos de sus percepciones y recuerdos y analicemos este material en clave de socialización y participación.

Dados los objetivos perseguidos en este estudio parece adecuada la metodología cualitativa y, dentro de este enfoque opto por seguir la propuesta de Sigel (1995) para los estudios de socialización política, quien señala la pertinencia de analizar las vivencias de las personas y sus percepciones desde sus propias verbalizaciones, para lo que recomienda, entre otras, el uso de la técnica de la entrevista biográfica que es la aquí seleccionada. En estas entrevistas se propone al entrevistado la recreación retrospectiva de su propia historia en forma de relato, procurando que los sujetos repasen sus percepciones, valoraciones y experiencias en relación con la participación, a partir de sus recuerdos de infancia. A lo largo de cada entrevista se entremezclan imágenes, recuerdos, reflexiones, argumentos y emociones. Identificando en cada narración el marco geográfico, histórico, y obviamente político, en que se han producido los hechos podemos obtener unos itinerarios de formación, aprendizaje y prácticas que permitirán construir una visión

de conjunto por periodos históricos, a modo de crónica de dos periodos de la vida española en lo que a socialización y participación se refiere. El método analítico aplicado ha sido doble: diacrónico, por un lado, estudio de un largo recorrido; y sincrónico, por otro, donde se analiza un acontecimiento o secuencia concreta. Mediante el primer enfoque se estudiará la producción y desarrollo de una actitud de compromiso o implicación pública que cristaliza en unos comportamientos; y así, siguiendo el recorrido vital de cada individuo se singularizan aquellos aspectos de su biografía que pueden haber facilitado la participación. Buscaremos lo que denominamos: actores, ámbitos o acontecimientos socializadores. Identificaremos para cada caso, los antecedentes familiares, las experiencias escolares, las vivencias personales o los contextos sociales inmediatos o redes sociales que pueden haber actuado como ámbitos de concienciación social o política, que hayan creado el *marco de oportunidad*, el *contexto de micromovilización* o el *factor precipitante* de la acción colectiva. En el segundo enfoque, se realiza el estudio sincrónico de un acontecimiento o secuencia concreta: la primera experiencia asociativa de cada entrevistado. Se tiene en cuenta la ubicación espacio temporal así como la coyuntura personal en que se produjo la toma de decisión y los aspectos que parecen haber tenido mayor influencia. Se trata de ir señalando factores entendidos como variables independientes intervinientes en el juego de relación entre socialización/ aprendizaje y actitud/práctica política. Ahora bien, sin plantear de manera simplista el funcionamiento de un mecanismo causal en el desarrollo de los hechos, sino complementando la lógica causal en la que el transcurso del tiempo es una variable central, con la perspectiva sincrónica que prioriza la coincidencia, la concurrencia y la convergencia de elementos en un espacio y un momento precisos y en la configuración contingente resultante, donde, por tanto, la variable temporal ocupa un lugar secundario.

En relación con las objeciones que puedan hacerse a la comparación entre dos generaciones, dado que nuestra fuente de información son los propios protagonistas y

unos hablan de un pasado casi inmediato y los otros rememoran un pasado lejano, mi punto de vista es el siguiente. En la metodología cualitativa se entiende que la subjetividad es susceptible de ser analizada y que la vía de acceso a la misma son las expresiones y manifestaciones de los investigados. Al considerar que son las percepciones, deseos y expectativas expresados por los propios investigados lo que sirve como material privilegiado del análisis, estimo que la comparación es pertinente. Puesto que a todos los entrevistados se les pidió que se remontaran a recuerdos de infancia y elaboraran una historia autobiográfica, en todos los casos vamos a encontrar construcciones-reconstrucciones de sus propias vidas. Tanto unos como otros entremezclarán con la descripción objetiva de los acontecimientos, ensoñaciones, deseos, utopías, frustraciones... Desde mi punto de vista, será en el análisis de cada relato donde al enmarcarlo en su correspondiente ámbito geográfico, histórico y político y contrastar las entrevistas de los mismos periodos entre sí, podremos descargar (o interpretar en su justa medida) aquello que parece idealización de los hechos y llegar a lo sustancial, a la información que será objeto de comparación.

En el estudio de caso que aquí se presenta se utiliza material de las tres investigaciones citadas en las que se ha estudiado la socialización política de los activistas. Para la selección de las entrevistas a analizar se identifican dos zonas de fechas en intervalos de quince años cada una (como indican los estudios de generaciones), teniendo en cuenta que el objetivo es separar socializados en dictadura y socializados en democracia. Son un total de 32 personas, 16 de la primera generación cuyas edades están comprendidas (en el 2003) entre los 55 y los 69 años, nacidos, por tanto, entre 1933 y 1947; y otras 16 cuyas edades (en el 2003) se sitúan entre los 18 y los 32 años, nacidos entre 1971 y 1985; siendo requisito fundamental que todas ellas participaran activamente como voluntarios en algún tipo de asociación en el momento de la realización del estudio, desechando lo que pueda ser participación ocasional. Dado que lo que más nos importa es observar el periodo considerado más significativo para la

socialización política, que situamos entre los 16 y los 23 años, estudiamos experiencias de individuos que viven este periodo vital: los primeros entre 1949 y 1969 y los segundos entre 1987 y 2007. En los Cuadros 1 y 2 se articulan tiempo personal (edad) y tiempo histórico (zona de fechas correspondiente), de modo que se puede

Cuadro 1. *Primera generación. Socializados en dictadura*

Año Nacimiento	Edad (2003)	Periodo clave de socialización política (16 años 23 años)		Edad en acontecimientos clave del periodo:	
				Referéndum 1966	Muerte de Franco
1933	69	1949	1955	33	42
1934	68	1950	1956	32	41
1935	67	1951	1957	31	40
1936	66	1952	1958	30	39
1937	65	1953	1959	29	38
1938	64	1954	1960	28	37
1939	63	1955	1961	27	36
1940	62	1956	1962	26	35
1941	61	1957	1963	25	34
1942	60	1958	1964	24	33
1943	59	1959	1965	23	32
1944	58	1960	1966	22	31
1945	57	1961	1967	21	30
1946	56	1962	1968	20	29
1947	55	1963	1969	19	28

Cuadro 2. *Segunda generación. Socializados en democracia*

Año Nacimiento	Edad (2003)	Periodo clave de socialización política (16 años 23 años)		Edad en acontecimientos clave del periodo:	
				Victoria PSOE(82)	Victoria PP(96)
1971	32	1987	1993	11	25
1972	31	1988	1994	10	24
1973	30	1989	1995	9	23
1974	29	1990	1996	8	22
1975	28	1991	1997	7	21
1976	27	1992	1998	6	20
1977	26	1993	1999	5	19
1978	25	1994	2000	4	18
1979	24	1995	2001	3	17
1980	23	1996	2002	2	16
1981	22	1997	2003	1	15
1982	21	1998	2004	0	14
1983	20	1999	2005		13
1984	19	2000	2.006		12
1985	18	2001	2007		11

apreciar la correspondencia entre fecha de nacimiento, edad actual, época histórica en la que cada sujeto atravesó el periodo vital de 16 a 23 años y la edad que cada persona tenía cuando se produjeron algunos acontecimientos políticos relevantes.

El tipo de asociaciones consideradas son asociaciones políticas (en el sentido amplio que hemos especificado en un apartado anterior) o de compromiso cívico, donde entran partidos, sindicatos, movimientos sociales, asociaciones asistenciales de auto y heteroayuda ⁵.

Si bien existe homogeneidad suficiente entre la España del principio y del final del intervalo en la generación más joven, no es este el caso en la generación socializada en la dictadura. La España de los cincuenta y la de los sesenta fueron realidades bien distintas, fundamentalmente a efectos de lo que nos interesa, la participación, la movilización, sus causas y concomitancias. Los cambios sociales se van sucediendo a la par que las transformaciones económicas y todo ello tiene repercusión en una paulatina evolución política. El caos y destrucción primero y la reconstrucción económica en la autarquía después, explicaban, en parte, el hambre y las dificultades que en muchos lugares se vivían en la década de los cincuenta. Los años sesenta llevan a la España de los planes de desarrollo, de la apertura al exterior, que comienza a incorporar unos planteamientos económicos de expansión y modernización, y que inaugura una nueva fisonomía con una incipiente clase media que se incorpora a unos hábitos de consumo que le alejan de las penurias previas y permiten estabilidad y relativa prosperidad a amplias clases sociales. Políticamente, en los cincuenta se vivía todavía en la España de la Victoria y del

⁵ Los militantes entrevistados pertenecían a los siguientes grupos: Amnistía Internacional, Asociación para la Defensa de la Naturaleza (ADENA), Gesto por la Paz, Elkarri, Unión General de Trabajadores, Comisiones Obreras, Partido Popular, Izquierda Unida, Partido Socialista Obrero Español, Asociación de Padres y Amigos contra la Droga, Asociación Cultural Norte Joven, Asociación Española contra el Cáncer, Movimiento Antiglobalización, Movimiento Feminista, Asociación de Mujeres Amas de Casa de Chamberí, Asociación de Jubilados de Alcorcón y Movimiento contra la Intolerancia.

Castigo y en los sesenta se inicia el camino de la España de la Paz y del Perdón, si bien el paso de una a otra fue anterior en la retórica oficial que en la realidad. Como explica Paloma Aguilar (1996) en su estudio sobre la memoria de la Guerra Civil, se pasa en estas décadas de la *legitimidad de origen* a la *legitimidad de ejercicio*, como sustento de la autoridad política, fundamentada la primera en razones netamente ideológicas sustentadas en la época de la salvación y la segunda en la capacidad resolutive de la práctica de un Estado que gestiona la vida de sus ciudadanos. En los cincuenta imperaban la lealtad acérrima o el miedo y el silencio, existiendo una franja intermedia que podía vivir en una aparente indiferencia (que no neutralidad) siempre que cumpliera con los requisitos externos de manifestación de lealtad. En los sesenta, comienza a verse como imparable un alto grado de contestación interna y externa y aunque pervivía un importante grado de represión, se asumía, paulatinamente, que la oposición no era anulable y mucho menos despreciable. La lenta evolución del régimen que se inicia en esta época se explica porque determinados sectores del franquismo aceptaban esta realidad como inevitable, y entendían que junto al desarrollo económico se derivarían cambios en el sentido de la apertura política.

Jóvenes de las décadas cincuenta y sesenta

Puesto que el caso de los adultos nos permite estudiar un largo recorrido vital (aún cuando no a efectos comparativos) señalamos dos tipos de trayectorias. Por un lado, aquéllos cuya primera acción de compromiso público tiene lugar en el tramo de edad considerado (16-23 años) y a partir de ahí desarrollan un estilo de vida en el que la implicación pública es una constante. El otro tipo de militante es el que en su época de juventud no experimentó el interés, la oportunidad, o le frenaron los altos costes de la participación, pero que años después, en la madurez y ya en la democracia, se implica de manera comprometida y continuada. En este segundo caso el desencadenante de la participación es un acontecimiento de tipo personal que actúa

como factor precipitante. Así encontramos mujeres que llegada cierta edad viven la experiencia de *nido vacío*, de hombres o mujeres que se enfrentan a una jubilación no prevista, una declaración de invalidez repentina, o bien las experiencias de algunos acontecimientos traumáticos como un hijo drogadicto, un padre con Alzheimer, u otro percance de este estilo. Tan sólo entre quienes son militantes activos desde la adolescencia o juventud encontramos experiencias o manifestaciones que permitan asociar la socialización política recibida a su actividad. En los segundos, es más difícil encontrar huellas de socialización juvenil que puedan ser relacionadas con su práctica cooperativa actual. Sin embargo, la experiencia de estos últimos (aunque también la de los otros) es ejemplo de lo que he denominado *socialización sobrevenida*, la que produce la propia actividad y la dinámica de participación en el grupo, que muchas veces convierte lo que en principio eran meros clientes o usuarios en militantes genuinos, y esto es relevante no sólo por sus efectos en la práctica sino por el consiguiente cambio en su percepción social y política. Entre los que son militantes desde la juventud unos se unen por primera vez a grupos políticos, colectivos afines al régimen (el sindicato oficial o grupos juveniles) o al ámbito de la lucha antifranquista; y otros se inician en la acción solidaria de compromiso cristiano, que coincidía muchas veces y se mezclaba con el amplio espectro de la lucha política pero cuyo carácter se define más que por el compromiso político por la entrega testimonial, la solidaridad, la lucha por la injusticia, o la dedicación asistencial.

Tres son lo que podríamos llamar agencias formativas que dejan una impronta significativa en estos jóvenes. En primer lugar, y con mucha diferencia en cuanto a capacidad de influencia sobre lo que podría considerarse el segundo actor socializador, destaca la Iglesia. Ahora bien, la influencia de la iglesia se detecta, principalmente, cuando la labor formativa se ejerció implicando a los jóvenes en actividades que formaban parte de su vida cotidiana y que se desarrollaban en algunos centros educativos de religiosos o en parroquias. Se trata de experiencias vividas en grupos de apostolado o de asistencia en barrios

marginales dirigidos por religiosos. Es este "hacer cosas" lo que parece influir en mayor medida en el aprendizaje, permite la incorporación de destrezas y habilidades para la gestión colectiva y consigue efectos a nivel cognitivo. Podría decirse que la huella es más profunda cuando la inculcación de normas y valores va acompañada de unas prácticas que los jóvenes vivían en su quehacer habitual, en su programación de vida rutinaria. En estos ámbitos se aprecia una diferencia notable entre la década de los cincuenta y la de los sesenta en relación con la variable género. Son los varones los que primero se incorporan a esta labor asistencial-doctrinal, y así mientras que en la década de los cincuenta era habitual encontrar en los colegios religiosos o en las parroquias grupos de varones dedicados al apostolado o a la atención social, a las mujeres sólo se las educaba en la inculcación de principios morales y les estaba vedado el acceso a la acción. En el mejor de los casos podían recoger dinero, ropa o alimentos, pero ellas no tenían contacto directo con la realidad a la que sí tenían acceso sus coetáneos del otro sexo. Sin embargo, según van pasando los años estas diferencias entre los géneros van disminuyendo y las mujeres se van incorporando a las prácticas solidarias, aunque en este caso solía mantenerse una diferencia, las mujeres realizaban labores asistenciales, en dispensarios, escuelas, barrios marginales y los hombres realizaban la labor de apostolado. Esta diferencia también fue disminuyendo con posterioridad pero paulatinamente. En algunos casos, de las experiencias escolares se pasaba a las parroquiales y de éstas a las políticas sin solución de continuidad. En otros, las políticas y las parroquiales se simultaneaban y en la mayoría eran casi la misma cosa, una prolongación natural de su lucha contra la injusticia, la desigualdad, y en el caso de los más críticos contra el régimen y la ausencia de libertades. La ubicación estructural es, evidentemente, bastante similar entre estos jóvenes. Se trata de hijos de familias de la alta burguesía, de familias católicas, y de muy diferente adscripción política, desde quienes estaban claramente implicados en la política franquista hasta quienes eran críticos –unos lo manifestaban abiertamente ante sus hijos y otros no–, hasta los que se mostraban

indiferentes, sin olvidar cuál era el grado de indiferencia consentido por el régimen. Para los jóvenes estas vivencias suponían, normalmente, su primer contacto con la desigualdad y la injusticia social desarrollando al respecto, y como consecuencia, efectos de tipo cognitivo y valorativo muy intensos.

Pero es la misma iglesia la que sirve de agente de socialización prioritario y de vínculo de conexión con la acción política a los jóvenes de condición social bien distinta. Entre los entrevistados existen personas que habitaban las zonas de suburbios de las grandes ciudades, individuos que han vivido en chabolas en condiciones de gran dureza, cuando no han sido conocedores directos del hambre y la necesidad extrema. Represaliados políticos sus padres en mayor o menor grado, mantienen como recuerdos vivos de infancia el miedo, los silencios, el saber que había un mundo que les estaba vedado, del que sólo hablaban los adultos y que producía penuria e infelicidad a su alrededor. También para estos activistas fue la iglesia la vía de entrada. No a través de sus centros escolares, evidentemente, sino a través de las parroquias, y no para atender a necesitados sino directamente para incorporarles a la lucha política clandestina. Sin embargo, aún cuando no cabe duda de que era la iglesia el vínculo de conexión no queda claro que en estos casos pueda ser interpretada como factor de socialización previo, aunque sí actúa como tal una vez sumergidos en la actividad. Salvo cuando acudían a su parroquia desde niños, el contacto con la institución procedía de un amigo del barrio o de un compañero de trabajo. Es la iglesia que formó y cobijó al movimiento obrero y que sirvió de infraestructura a la oposición al régimen.

Como segundo factor que socializa en prácticas de participación resaltamos los contextos cotidianos en los que existía una subcultura política bien definida, los unos afines al régimen y los otros reducto de actividades marcadas por el secreto, la intriga, el miedo, o la represión. Fundamentalmente en el caso de los segundos, se trata de espacios fuertemente articulados, con una red social muy densa, lo que los analistas de las redes sociales

denominan redes de alta densidad⁶. Cuando la familia formaba parte de ese ambiente los estímulos de ambos (contexto y familia) se sumaban en la misma dirección. Cuando la familia estaba al margen de esta subcultura de acción, los puntos de contacto eran prioritariamente los compañeros del barrio. En los núcleos urbanos las grandes fábricas son uno de los agentes básicos en cuanto a la formación de jóvenes en la lucha contra la injusticia y contra el régimen. El movimiento sindical actuó como agente de socialización y como factor de vinculación a la actividad, habitualmente uniendo sus esfuerzos a los de la iglesia políticamente comprometida en la oposición al franquismo (Maravall, 1978). En las zonas rurales el control social era mucho más estrecho por lo que el reclutamiento y la formación en prácticas de oposición era más difícil y, por lo tanto, este tipo de actividad era menor, salvo en aquellos lugares en los que había antecedentes previos de acción política y que ahora se reproducían en la clandestinidad, o, por supuesto, en los casos en los que se ejercía una práctica política de adhesión al régimen.

El tercer factor, en cuanto al grado de influencia, es la familia, preferentemente con secuencia de continuidad, continuidad más o menos matizada y adaptada a las circunstancias cambiantes, pero continuidad a fin de cuentas. En este caso encontramos que quienes han vivido en su casa desde niños una actividad política –contraria o proclive al régimen–, se mueven en un ambiente que favorece su inquietud y el desarrollo de ciertas aptitudes, garantiza facilidades en la obtención de información pertinente y favorece el desarrollo de recursos relacionales y personales. En cuanto a la escuela, tan sólo cabe resaltar lo ya dicho en relación con los centros de religiosos. Aún cuando el esfuerzo de adoctrinamiento del régimen tuvo muy en cuenta la instrucción escolar y así puede verse en la legislación sobre educación⁷, en

⁶ En relación con la importancia de las redes sociales para difundir la participación y consolidarla ver Funes (1998: 83-100) donde se especifican las características de una red de alta densidad.

⁷ En Mayordomo (2001:68-80) encontramos un análisis sobre las legislaciones en materia educativa desde el final de la Guerra Civil hasta mitad de los años noventa del siglo XX. Se

los textos escolares y en los programas de ocio preparados especialmente para la juventud, este tipo de instrucción más parece que estimula la inacción que lo contrario. En el material empírico trabajado no hay alusiones a la institución escolar dignas de resaltar más que las señaladas en los centros de religiosos. En la universidad fue muy significativo el estímulo a la contestación política, pero hay que considerar el bajísimo índice de población universitaria y su clara condición de clase, por lo que sus efectos estaban socialmente acotados. Aún así hay que señalar que los que se vincularon en la universidad al compromiso activo contaban ya, mayoritariamente, con alguno de los otros antecedentes (familia, parroquia, escuela), y que la experiencia universitaria parece ser más bien un factor que intensificaba lo que ya se estaba haciendo o le daba una definición nueva. Muchos de los entrevistados han participado activamente en la oposición estudiantil, compaginando en la mayoría de los casos la práctica política con la religiosa⁸.

Entre los que no participaban en aquellos años los recuerdos que permanecen son, en la mayoría, la sensación de control social intenso que se vivía con gran incomodidad al llegar a los años de juventud, y la sensación de miedo ante la represión (experimentada o conocida) que bloqueaba cualquier acción. Frente a esto, otros describen la sensación de tranquilidad y comodidad en la que transcurrían sus vidas. La observación más repetida en el sector de los no activistas es la del aburrimiento de una “España gris” en la que no pasaba nada.

Jóvenes militantes en la democracia

Y si era esto lo que encontraban y vivían los jóvenes comprometidos de esos años, ¿qué es lo que encuentran los jóvenes de ahora que les acerca a la práctica política o al compromiso solidario? Las tres agencias

aprecia el interés por inculcar valores ajustados a las necesidades políticas del momento, a través de la educación escolar.

⁸ En relación con la actividad de oposición clandestina en la Universidad y sus antecedentes políticos y sociales, véase Maravall (1978).

socializadoras citadas como sobresalientes aparecen también en esta nueva generación aunque varía la intensidad de sus efectos. La familia ocupa ahora el primer lugar, la huella de la iglesia continúa siendo muy significativa aunque menos salvo en determinados contextos, y la convivencia en el marco de una subcultura específica sigue resultando muy relevante dado que asegura la formación, multiplica el grado de exposición a discursos y reclamos, facilita los recursos y oportunidades y favorece la predisposición.

En este caso son menos los jóvenes de cuyas manifestaciones podemos inferir una relación entre socialización y participación. En la mitad de los casos analizados la acción cooperadora parece más bien la respuesta - más o menos inmediata, más o menos reflexionada- a estímulos muy diversos que encuentran en su ambiente. Más sujetos, por tanto, a aspectos circunstanciales. Lo que cabe decir en relación con los agentes clásicos es lo siguiente. La familia aparece como el actor que provoca mayor impacto, y se mantiene la influencia en términos de continuidad y no de contraste tal como veíamos en la generación anterior, aunque tal vez la apreciación actual que estos jóvenes hacen de padres y hermanos a cuya imagen o enseñanzas resultan hoy muy próximos podría modificarse con el paso del tiempo, fundamentalmente, entre aquellos que no continúen su recorrido asociativo o en el caso de que aparezcan otros agentes que tengan un fuerte impacto. El siguiente actor significativo es la iglesia, de nuevo a través de actividades en centros escolares religiosos o de parroquias con implicaciones en los barrios. Sin embargo, su incidencia parece ser menor, o si no menor, es evidente que al multiplicarse el número de factores que inciden en la participación su papel ya no es tan claramente hegemónico. Y, de nuevo, cabe destacar el fuerte impacto socializador de contextos en los que se viven subculturas políticas donde es generalizado un alto grado de compromiso. En estos ámbitos es la propia vida cotidiana la que lleva al compromiso, la familia suele estar implicada, los amigos del barrio son los del colegio, y las fiestas y diversiones suelen estar mezcladas con la actividades de compromiso. Por lo tanto, estos ámbitos

sociales no sólo impregnan el ambiente social a favor de la implicación pública sino que en estas circunstancias se suma la influencia de distintos actores, puesto que es muy habitual que la familia y los grupos de amigos obren en la misma dirección produciendo el efecto de estímulos acumulativos.

En cuanto a la institución escolar, con independencia de la vinculada a la Iglesia en la que encontramos pautas similares a las de las generaciones anteriores, lo más llamativo que hayamos entre los entrevistados es una experiencia que difícilmente hubiéramos encontrado en el otro periodo analizado. Son los alumnos los que proponen actividades a sus profesores o a las directivas de los centros. Se trata de jóvenes o adolescentes que ya están vinculados a alguna causa y que plantean que su centro escolar participe de esos valores o ese compromiso militante y que sea un lugar de reclutamiento, propaganda, seguimiento o testimonio. Se encuentran más casos de propuestas de estudiantes hacia su escuela que de la escuela a los alumnos, y las diferencias más importantes se hallan en la mayor o menor receptividad de los centros ante dichas propuestas. Esto significa que hay jóvenes que se vinculan con muy pocos años a grupos muy diversos -a su misma edad los otros sólo podían conectar con los grupos parroquiales o los colectivos juveniles de formación franquista-, pero lo más significativo es que en ninguno de los casos de la generación anterior encontramos a jóvenes en edad de instituto (dieciséis-dieciséis años) tomando la iniciativa y proponiendo el seguimiento en las escuelas a sus adultos. Más bien, cuando en las décadas cincuenta-sesenta algo de esto existía, la iniciativa funcionaba en sentido inverso. En relación con un aspecto clave de la socialización como son los contenidos que se transmiten en los centros educativos -si se estimula la acción o la inactividad, el compromiso o la indiferencia- habría que estudiar los textos y la legislación sobre educación (Mayordomo, 2001) y comparar su evolución del franquismo a la actualidad para dar una respuesta, pero eso sería objeto de un artículo o una investigación por sí solo que aquí no está contemplado, lo cual no quiere decir que se ignore la importancia de

este aspecto. Aquí tratamos de descubrir los efectos en los alumnos y sólo contemplamos como unidades de análisis a los propios individuos analizando la información que ellos aportan. Ello nos permite analizar los recuerdos de lo que se les transmitía en la escuela e ir más allá, inferir lo que se denomina *currículo oculto* interpretando la reacción de sus profesores ante iniciativas del tipo de las citadas, acciones que demuestran interés, preocupación social y política, capacidad de decisión y elección por parte de los jóvenes. Hay excepciones, pero la tónica más generalizada es que los centros escolares dificultan y obstaculizan estas iniciativas antes que propiciarlas o favorecerlas. Salvo en casos de escuelas con un ideario específico sobre pedagogía participativa es mucho más habitual que se opte por asegurar el control rutinario de los estudiantes que permite una forma más cómoda de dirigir los centros, que por fomentar la creatividad y la capacidad para tomar decisiones que supondría aceptar (o alentar) sus propuestas.

En relación con la incidencia de los grupos de pares a los que en los planteamientos más actuales sobre socialización política se les otorga importancia, el trabajo empírico no corrobora esta afirmación en la dirección de socialización-participación. Tan sólo cuando los jóvenes se forman en un caldo de cultivo apropiado, como es el caso de los contextos sobrepolitizados, la figura de los grupos de pares es relevante, dado que la construcción y elaboración de los discursos se hace con los amigos, las decisiones se toman con los amigos y la práctica política se realiza, habitualmente, con los mismos amigos. En estas circunstancias todo es una prolongación de la vida personal, ir de vinos o ir al local del grupo, ir a las fiestas de un pueblo cercano o asistir a una manifestación, todo forma parte de un estilo de vida. Por ejemplo, esto es muy apreciable en el caso del País Vasco, fundamentalmente en el área nacionalista donde existen unos valores comunitarios muy fuertes, y lo que allí se denomina "cuadrilla" juega un papel muy relevante en la vida social (Pérez-Agote, 1992; Gurruchaga, 1996). Sin embargo, en los grandes núcleos urbanos donde este tipo de grupos de jóvenes es menos habitual ya que las grandes distancias que hay recorrer

para las distintas actividades impide que todos los aspectos de la vida sean un continuo, es muy fácil encontrar que los amigos del barrio (cuando existen condiciones de "barrio") sean unos y los del instituto otros, y tal vez otros los del tiempo de vacaciones. En estos casos, la incidencia de los grupos de pares en la participación es prácticamente inexistente. A veces se acude la primera vez a la asociación con algún amigo, pero tampoco se trata de uno de los amigos habituales sino de alguien que ha recibido el mismo estímulo y deciden juntos. Por ejemplo, una charla en un instituto de una asociación que trata de reclutar seguidores termina con que unos cuantos alumnos se acercan al local de la misma a pedir información. Todos los alumnos han recibido el mismo estímulo y unos cuantos reaccionan y prueban suerte. Ni es lo normal que permanezcan todos los que acudieron a la asociación el primer día –lo más corriente es que quien lo cuenta sea el único que se ha mantenido– ni los que fueron formaban un grupo de amigos previamente. Según lo visto, la importancia de los grupos de pares está condicionada al ambiente en el que están inmersos y, por tanto, no se puede atribuir a estos colectivos de jóvenes y adolescentes una fuerza socializadora en sí mismos, sino que debe ser vista como una mediación que condiciona, matiza, intensifica... lo que reciben del contexto. Salvo en aquellos casos de subculturas especiales los jóvenes acuden solos, toman la decisión de manera individual y más podemos decir que hacen relaciones allí (socialidad sobrevenida de la acción participativa) que afirmar que su participación es consecuencia de relaciones de sociabilidad previas.

Pero, más allá de los cambios experimentados en las prácticas y consecuencias de las agencias clásicas de socialización, lo más interesante se encuentra en lo que ya no existe y en lo que antes no existía. Así como en las trayectorias vitales de la generación anterior encontrábamos referencias de socialización precisas, entre los jóvenes de finales del siglo XX y principios del XXI la relación entre socialización y participación resulta más difusa. Tal y como señala Merelman (1986) comprobamos que desde el último tercio del

siglo XX se produce una intensa multiplicación y diversificación de los medios y los ámbitos de socialización, el perfil de estos nuevos agentes formativos es distinto del de los clásicos y no se establece una relación jerárquica y vertical entre sí ni con los individuos, sino más bien horizontal y simétrica. Entre estas nuevas agencias las más influyentes son los medios de comunicación de masas y las propias asociaciones. Los medios divulgan las campañas de sensibilización y las actividades de los grupos y la información transmitida condiciona las opiniones y el posicionamiento de los jóvenes al respecto, tanto por la reiteración de los mensajes como por la intensidad que añade el soporte mediático, principalmente la televisión. Los resultados se aprecian tanto a nivel cognitivo como evaluativo y afectivo y condicionan su posicionamiento ante las propuestas de las asociaciones. En cuanto a las organizaciones depuran sus estrategias de publicidad adaptándose a la progresiva mejora de las técnicas de comunicación; la competencia que existe entre ellas les lleva a mejorar los incentivos que proponen a sus socios y a maximizar utilidades en sus labores de propaganda. Junto a ello, los mensajes de estímulo a la participación (en relación con algunos tipos de grupos) emitidos desde la administración pública, son evidencia de que las relaciones entre socialización y participación han de ser en estos tiempos necesariamente distintas.

Junto al impacto que pueda apreciarse de esta intensa y diversa actividad publicitaria, otra de las diferencias que encontramos con la generación anterior es la multiplicación de la oferta de grupos y su pluralidad, con vinculaciones ideológicas muy dispares y sobre temáticas muy distintas. Las oportunidades de éstos son mayores que las de aquellos y no sólo como consecuencia evidente del cambio de régimen político, cuestión demasiado obvia si comparamos tiempos de dictadura con tiempos de democracia, sino que los cambios producidos en los valores en las últimas décadas nos sitúan en un escenario en el que los contenidos de las ofertas son realmente novedosos y claramente inimaginables para los jóvenes de entonces. Nuevos campos temáticos, desde la ecología

hasta los movimientos en defensa de la libertad sexual, o la oposición a las armas nucleares, son realidades antes casi desconocidas. Es decir, el abanico para elegir permite vincular inquietudes muy dispares, lo que amplía la base de la audiencia potencial. Las propuestas nitidas, muy específicas (y muy escasas) que se ofrecían antes, que se reducían a la asistencia solidaria vía compromiso cristiano o la acción política o sindical pro o contra el régimen, podían despertar el interés de algunos pero ahora son muchos los que pueden sentirse atraídos. Se trata de lo señalado por Inglehart (1991) sobre la expansión de valores postmaterialistas en épocas de estabilidad económica y seguridad física continuada, que da como resultado el incremento de la oferta de participación al propiciar la aparición de nuevas causas, lo que se une a los efectos de la apertura política.

Además del incremento de la oferta contamos con la desaparición del riesgo de la militancia. Es decir, disminuyen enormemente los costes de la participación, que anteriormente eran altos o muy altos para todos menos para quienes se aplicaban en los colectivos propuestos por el régimen. Al aumentar las facilidades, disminuir los costes, multiplicarse la oferta, y diversificarse los contenidos temáticos, incluso al vivir en un mundo plagado de incentivos al respecto, no se necesita un nivel de compromiso, ni mucha convicción en torno a los objetivos, ni siquiera un gran interés para participar. Puesto que es menos costoso empezar, se puede entrar o salir, y probar cosas diversas. La implicación es en algunos tan intensa como lo fue entre los jóvenes que vimos anteriormente, pero en otros muchos es mucho más leve, menos fundamentada, más volátil. No podemos obviar que aquí sí encontramos una importante laguna al no poder entrevistar a lo que en los años cincuenta y sesenta fueron militantes circunstanciales y, sin embargo, a los actuales los tenemos muy a mano. En cualquier caso, no cabe duda de que la situación social permite que haya muchos militantes circunstanciales –que el tiempo dirá si se convierten o no en militantes de alto grado de compromiso– cuya actividad es más la respuesta a estímulos diversos

que a una formación personal. Pero tampoco sería correcto plantear que detrás de los jóvenes con compromisos más intensos hay más huellas socializadoras y que en los más circunstanciales menos. Hay jóvenes muy comprometidos en los que no encontramos referentes de socialización previa, y otros viven en ámbitos de intensa militancia y desarrollan pautas de actividad inestables y volubles.

Para terminar con la comparación de unos y otros jóvenes, y como consecuencia de todo lo anterior, señalar que frente a la experiencia altamente dramatizada de la primera generación hoy se vive la acción de manera totalmente desdramatizada. La normalización política convierte en algo más trivial, menos trascendente, el hecho de participar. Esto es consecuencia de las nuevas condiciones políticas que han convertido la actividad en la vida pública en algo "normal" que se puede hacer o no hacer, hacerlo durante un tiempo y dejarlo y luego retomar o no, en unos grupos o en otros, compatibilizando varios o ciñéndose a un tipo de valores concretos. Pero, en todo caso, como algo más que no necesariamente ocupa y define el resto de la vida.

Actividad política y compromiso cívico: ¿causa o consecuencia de aprendizaje?

En más de la mitad de los entrevistados se encuentran antecedentes que permiten señalar la socialización política recibida como una de las causas que llevan a la participación ciudadana. Igualmente, en algo menos de la mitad no se encuentra ninguna relación precisa entre socialización y participación, más allá de algunas concomitancias o circunstancias convergentes sobre las que no hay evidencia empírica suficiente que permita interpretarlas como causa u origen de la acción. Por lo tanto, parece existir una relación contingente, y muy marcada por las circunstancias y las condiciones vitales, entre socialización política y participación; que puede ser muy intensa cuando ocurre pero que no se da en muchas ocasiones. Asimismo, parece más relevante la huella que deja lo que despierta sentimientos o emociones, o lo que se transmite en un

ambiente en el que priman los afectos, que aquello que se transmite de manera exclusivamente formal, planificada y pautada. Del mismo modo, parece que el efecto coordinado de influencias múltiples es importante. Es decir, una familia, que vive en un ambiente político o social de alto compromiso y que está vinculada a colectivos religiosos que inciden en la misma línea formativa, tiene más posibilidades de transmitir a sus hijos, con éxito, valores que culminen en un compromiso público. Sin embargo, las líneas previstas para los estudios de socialización política no permiten explicar por qué en casos en los que no existen ninguno de estos factores socializadores encontramos personas con alto nivel de compromiso; y por qué en familias que educan en la actividad solidaria, cuyos ambientes son de intenso compromiso y donde se acumulan los estímulos considerados, los jóvenes no desarrollan ningún tipo de actividad. Al parecer, éste sigue siendo un terreno de estudio que se mueve en los grises de la indefinición y que necesita mayores esfuerzos empíricos y de reflexión teórica.

Ante este hallazgo que parece un "no hallazgo" cabe plantear dos posibles explicaciones que tanto son conclusiones tentativas de lo analizado como sugerencias para trabajos posteriores, una de índole teórico y otra metodológica. Tal vez la relevancia de la socialización política sea más clara en otras dimensiones de lo político que en este tipo de prácticas. Los aspectos en los que se centran los estudios clásicos como la transmisión de orientaciones políticas básicas o la identificación partidaria pudieran ser más susceptibles de verse afectados por la socialización que comportamientos del estilo de los aquí analizados. Aun cuando antes de afirmarlo es necesario profundizar más y ampliar el análisis desde otros enfoques metodológicos complementarios, me inclino por esta interpretación de los resultados. Diversos estudios realizados (ya citados) y más de setenta entrevistas biográficas analizadas me llevan a apuntar que una de las razones puede ser la centralidad que en estas prácticas tienen algunos factores psicológicos –características de la personalidad más sujetas a la casuística

individual que a aspectos políticos o sociológicos- y emocionales, fundamentalmente en el aspecto relacional que es nuclear en la experiencia asociativa. Es decir, aunque los sociólogos busquemos (y encontremos) una dimensión social a estos factores netamente personales, creo que hay una barrera que impide llegar más allá en la explicación y que pudiera ser superada desde los parámetros científicos de la psicología o las ciencias del comportamiento. Es decir, podemos explicar cuándo afecta la socialización y cómo es el proceso en esos casos, asumiendo que en otros muchos no existe relación significativa al respecto. Y así nos acercamos a la cuestión de método, donde propongo algún cambio en los planteamientos. Tanto los estudios clásicos como los enfoques más actuales sobre aprendizaje político se enfocan desde la lógica causal. Está implícito que se trata de una realidad que sucede en una secuencia temporal, algo que primero se transmite a continuación se interioriza y por último acaba produciendo unos efectos. Tal vez, planteando la construcción de lo político desde el principio de sincronidad (Jung, 1970), que lo que analiza es la coincidencia de los hechos, la concurrencia y convergencia de factores en el espacio y el tiempo, podríamos entender acciones que quedan sin explicación desde la perspectiva de la causalidad. Considero que este camino ya iniciado en este análisis añade interesantes perspectivas de interpretación.

A pesar de los aspectos en los que predomina la incertidumbre, hay algunas cuestiones que sí quedan bien claras después del análisis. En relación con el aspecto netamente teórico, este caso confirma una de las visiones más recientes sobre esta cuestión que resalta la importancia de las perspectivas culturalistas en el análisis de la relación entre socialización y acción política (Sigel, 1995); lo cual no niega, en ningún modo, que otro tipo de estudios, como por ejemplo el que comparara los textos escolares que sería perfecto complemento del actual, pudiera subrayar la validez del enfoque institucionalista. A mi entender, ambos puntos de vista han de ser vistos como complementarios, más o menos

aconsejables en función del objeto de estudio. Por otra parte, las nuevas pautas de participación observadas en los jóvenes de la democracia, que responden más que a un proceso formativo a la cantidad y pluralidad de estímulos existentes, han de ser entendidas como consecuencia de cambios políticos producidos "en" y "por" las instituciones políticas que al extender la libertad de expresión y de movimientos permiten esta multiplicación de la oferta. Es decir, son las transformaciones institucionales las que provocan la exposición de los ciudadanos a discursos diversos que alientan y permiten que éstos puedan configurar sus universos políticos eligiendo entre diferentes valores y enfoques ideológicos. Esto reforzaría las tesis institucionalistas, no, necesariamente, en relación con la socialización que creo que es más fácil de entender desde los planteamientos centrados en la cultura, sino en relación con la producción de la acción política. La aportación de Merelman (1986) con su teoría de la socialización lateral resulta enriquecedora y bien ajustada a la realidad de los últimos tiempos. Asimismo, quedan confirmados los estudios sobre aprendizaje político que otorgan importancia a las experiencias vitales, señalando que la dimensión vivencial añade intensidad y asegura un mayor éxito al proceso formativo.

Entrando en la parte empírica, cabe subrayar que entre los mayores es más habitual encontrar huellas de socialización que entre los más jóvenes. Ahora bien, esto tanto puede deberse a las condiciones sociopolíticas que vivieron los primeros en relación con los segundos como a que la socialización efectiva produce militantes de larga duración, aspecto que no podremos comprobar mientras no lleguen los jóvenes investigados a la edad adulta. El agente que tiene un mayor impacto en la primera generación es la iglesia y en la segunda la familia, aunque entre los jóvenes de la democracia lo mayoritario es la participación que responde a estímulos del ambiente, principalmente, la publicidad y las campañas de reclutamiento de las asociaciones antes que a un proceso formativo. Cuando la relación entre socialización y participación es positiva la dimensión afectiva y emotiva ocupa un lugar relevante. Esto último explica

la influencia socializadora de los micro-contextos sobrepolitizados, donde la vida privada y la vida pública convergen en lo cotidiano y las vivencias y los afectos juegan un papel nuclear. No pretendo con estas afirmaciones infravalorar los aspectos cognitivos en la socialización ni tampoco en la actividad participativa, sino tan sólo señalar la importancia de estas otras dimensiones, que creo resultan importantes a la hora de deslindar este tipo de acción política de otras y que explica, como ya he señalado, su especial relación con los aspectos del aprendizaje. La inculcación planificada y programada desde los poderes públicos a través de instituciones como la escuela parece tener una repercusión menor, aunque esta información ha de complementarse con otros estudios en los que se seleccionen otras unidades de análisis.

La separación de dos bloques generacionales pretendía estudiar la influencia del sistema político entendido como variable interviniente en la relación entre socialización y participación. La primera generación se educó en la aquiescencia y la aceptación acrítica de lo existente, con la amenaza, evidente o velada, de represión ante cualquier posible contestación. Lo que provocaba era o bien la inactividad o, en caso contrario, la participación dentro del sistema (Iglesia o colectivos juveniles pro-régimen) o la reacción en contra incorporándose a la lucha clandestina por la caída del régimen. La segunda generación vive un ambiente impregnado de valores que estimulan la participación al estar expandido el discurso democrático de forma generalizada. Sin embargo, estos jóvenes perciben un cierto desfase entre lo que se propone y lo que, verdaderamente, pueden realizar en la práctica. Las posibilidades son casi infinitas y las facilidades, según en qué grupos, también. Sin embargo, lo que en la primera generación se traducía en estímulos para la acción al tener objetivos muy concretos que alcanzar y referentes muy precisos por los que luchar, se convierte en la segunda en una cierta indefinición, un panorama a veces difuso y confuso. Esto unido al efecto "anestésico" ante los problemas sociales que supone la cultura del consumo y el

bienestar a corto plazo explica el desentendimiento y la apatía en muchos de ellos. En todo caso, hay que relativizar la influencia del sistema político y no perder de vista que está fuertemente mediatizada por otras tres variables: la posición social y económica; el nivel de estudios (derivada en gran medida de la anterior) y aspectos circunstanciales de la vida personal y del ámbito social cotidiano. Es decir, hay muchas más similitudes entre los miembros de familias de la alta burguesía educados en colegios de élite de una y otra generación que entre personas de la misma generación que han vivido el mismo momento social y político y educados en principios, supuestamente similares, pero de muy distinta extracción social.

Sin embargo, y esto es lo que planteo como conclusión final, la relación entre socialización y participación parece mucho más clara en sentido inverso. Es decir, hay mayor certeza y evidencia empírica sobre que la actividad participativa genera aprendizaje y socializa políticamente que a la inversa, que determinada formación provoque participación. Lo que he denominado socialización sobrevenida es una realidad indudable una vez analizadas no sólo las entrevistas de este estudio sino las restantes de las investigaciones citadas. Es una conclusión que no presenta duda alguna, lo cual no quiere decir tampoco que se produzca en todos los casos.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, P. (1996): *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Alianza. Madrid.
- ALMOND, G. y VERBA, D. (Eds.) (1963): *La cultura cívica*. Euramérica. Madrid.
- BENEDICTO, J. (1995): "La construcción de los universos políticos de los ciudadanos" en Benedicto, Jorge y María Luz Morán (Eds.) *Temas de Sociología Política*. Alianza. Madrid.
- Dawson, Richard E., Prewit, Kenneth (1969): *Political Socialization*. Little Brown and Company. Boston.
- DEKKER, H. (2001): "Survey of Political Socialization Theory and Research". Papel presentado en el 29 RCPSE Round Table Conference, Wuppertal, Germany.
- DROMMEL, J. (1861): *La loi des revolutions. Les generations, les nationalités, les dynasties, les religions*. Paris.
- EASTON, D. y DENIS, R. (1969): *Children in the Political System*. McGraw Hill. Nueva York.
- FUNES, M.ª J. (1994): "Procesos de socialización y participación comunitaria: estudio de un caso" en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 67, pp. 67-94.
- FUNES, M.ª J. (1995): *La ilusión solidaria: las organizaciones altruistas como actores sociales en los regímenes democráticos*. UNED. Madrid.
- FUNES, M.ª J. (1998): *La salida del silencio: movilizaciones por la paz en Euskadi 1986-1998*. Akal. Madrid.
- FUNES, M.ª J. (2003): "Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación" en Funes, María Jesús y Ramón Adell: *Movimientos sociales: cambio social y participación*. UNED. Madrid, pp. 21-58.
- GREENBERG, E. S. (1970): *Political Socialization*. Atherton Press. Nueva York.
- GURRUCHAGA, A. (1996): *La transformación del nacionalismo vasco*. Haramburu. San Sebastián.
- HEPBURN, M. (Ed.) (1995): "Revitalizing Political Socialization Research" en *Perspectives on Political Science*. Vol. 24, n. 1.
- INGLEHART, R. (1991): *El cambio cultural en las sociedades avanzadas*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.
- JUNG, C.G. (1970): "Sobre la sincronicidad" en A. Portmann et al. *El hombre ante el tiempo*. Ed. Monte Avila. Caracas.
- JUNG, C. G. (1.979): *Prólogo del I Ching*. Ed. Edhasa. Barcelona.
- MARAVALL, J. M.ª (1978): *Dictadura y disenso político*. Alfaguara. Madrid.
- MAYORDOMO, A. (2001): "Regenerar la sociedad, construir el patriotismo o la ciudadanía: Educación y socialización política en la España del siglo XX" en *Encuentros sobre Educación*, Vol. n. 2, pp. 50-80.
- MERELMAN, R. M. (1986): "Revitalizing Political Socialization" en Margaret Herman (Ed.) *Political Psychology*. Jossey Bass Publications. San Francisco.
- NIEMI, R. G. y M. A. Hepburn (1995): "The Rebirth of Political Socialization" en *Perspectives on Political Science*, Vol. 24, n. 1, pp. 7-16.
- MANNHEIM, K. (1952): *Essays on the Sociology of Knowledge*. Ed. Rotledge and Kegan Paul LTD. London.
- MARIAS, J. (1949): *El método histórico de las generaciones*. Revista de Occidente. Madrid.
- ORTEGA (1933): *En torno a Galileo*. Obras Completas, Vol. n. 4.
- ORTEGA (1923): *El tema de nuestro tiempo*. Obras Completas, Vol. n. 3.
- PÉREZ-AGOTE, A. (1992): "El nacionalismo vasco radical: mecanismos sociales de surgimiento y desarrollado" policopiado y publicado en *Espaces et Sociétés*, n. 70, con el título: "Silence collective et violence politique".
- ROHRSCHEIDER, R. (1999): *Learning Democracy. Democratic and Economic Values in Unified Germany*. Oxford University Press.
- SEARING, D. D.; JOEL SCHWARTZ y ALDEN LIND (1973): "The Structuring Principle: Political Socialization and Belief Systems" en *The American Political Science Review*, vol. 67, pp. 415-130.
- SIGEL, R. (1995): "New Directions for Political Socialization Research" en *Perspectives on Political Science*, Vol. 24, n. 1, pp. 17-22.
- SIGEL, R. (1989): *Political Learning in Adulthood*. Random House. Nueva York.
- SCHUMAN, HOWARD y JACQUELINE SCOTT (1989): "Generations and collective memories" en *American Sociological Review*, vol. n. 54 (June: 359-389).
- STRAUSS, W. y NEIL HOWE (1991): *Generations: The History of America's Future, 1584 to 2069*. Quill, William Morrow. Nueva York.
- TILLY, Ch. (1978): *From Mobilization to revolution*. Random House New York. New York.
- TOCQUEVILLE, A. (1980): *La democracia en América*. Alinza. Madrid.
- TORNEY-PURTA, J. (1995): "Psychological Theory as a Basis for political Socialization Research" en *Perspectives on Political Science*, Vol. 24, n. 1, pp. 23-33.